

obligándose además á hacer remesas de cereales como á censo por los territorios cedidos; cosa del todo ilusoria, y de que poco despues se les dispensó, sirviendo esta condicion probablemente solo para hacer ver al senado que los territorios no quedaban definitivamente abandonados, sino que continuaban siendo tributarios del imperio. Tambien se obligaron á hacer ciertas remesas de armas, condicion igualmente irrisoria, pues que á lo mas podian destinarse á adornar la proyectada entrada triunfal y los arsenales.

Interesantes son los datos que dan Herodiano y Dion Casio sobre estos convenios con los bárbaros «á quienes sin gran trabajo se habria podido aniquilar», dice el segundo, «si el emperador no hubiese temido toda molestia y preferido los goces de su capital.» El primero pinta bien á aquellos germanos cuando dice que: «amantes del oro y despreciando peligros trataban de adquirir lo que necesitaban para vivir por medio de robos é invasiones á mano armada ó bien ofreciendo la paz en cambio de abundantes subsidios en dinero.»

En estas palabras apunta el citado autor con inmejorable precision los motivos que empujaron á los germanos incesantemente á violar el territorio del imperio: el genio belicoso que no teme los peligros sino que los busca, y mas que todo la necesidad de robar en territorio romano lo que necesitaban para vivir y no podian encontrar en su propio país, y el deseo de arrancar á los romanos por extorsion el oro necesario para comprar en los mercados romanos fronterizos viveres, y por supuesto tambien objetos de regalo, como vino, adornos de lujo y otros.

De los marcomanos dice Dion Casio, que «solicitaron la paz porque su país continuamente asolado no les daba para vivir», á lo cual puede añadirse como otra causa la pérdida de tantos hombres robustos, por cuya razon decian que por embajada solo podian enviar dos notables y dos hombres del pueblo. Esto no dejaba de ser una excusa y exageracion hipócrita; porque al hacer la paz pudieron entregar juntamente con los cuados 15,000 cautivos que habian trabajado para ellos como esclavos, y además les daba el emperador en tiempo de paz la paga como soldados mercenarios. Estos se sacaban en tan grandísimo número, que en una sola vez se sacaron de los cuados 13,000. Con estos tratos se hacia Roma con soldados que empleaba en países lejanos al mismo tiempo que reducía el número de hombres válidos de estos pueblos bárbaros. El sacrificio era costoso, porque Comodo habia de dar en cambio grandísimas sumas de dinero, y los germanos las reclamaban con exigencias siempre crecientes, amenazando en caso negativo romper la paz y los pactos con nuevas devastaciones y matanzas. Otra condicion estipulada en los tratados de paz fué la prohibicion para los germanos de celebrar sus reuniones populares cuando y donde quisiesen, obligándose á efectuarlas en adelante solo una vez al mes, en un sitio señalado al efecto



Moneda de Comodo, TRibunicia Potestate II CONsul Pater Patriae DE GERManis

y en presencia de un centurion romano. Desde los tiempos de César sabia muy bien el gobierno romano que de estas asambleas salian todas las empresas belicosas de los bárbaros, y es de suponer que semejante fiscalizacion de una manifestacion tan principal de su vida social quedase eludida por otras reuniones ocultas y fuese una de las causas de muchas guerras.

Finalmente se obligaron los marcomanos y cuados á

abstenerse de toda guerra contra los yazigios, vándalos y burios, que habian celebrado recientemente y primero que ellos pactos con Roma en el reinado de Marco Aurelio. Debieron de cumplir con estos pactos los yazigios y vándalos, pero no los burios porque con estos estuvo Comodo en guerra; rechazando sus proposiciones de paz por considerarlas una mera estratagema para ganar tiempo. Solo cuando los vió exhaustos por repetidas y crueles derrotas, les concedió la paz en cambio de rehenes y de la entrega de todos los cautivos que tenian.

Iguales condiciones de paz obtuvieron los marcomanos y cuados, obligándose además á no establecerse ni siquiera apacentar sus ganados dentro de una faja de cuarenta estadios de anchura á contar desde la frontera antigua de la Dacia, en la cual los romanos evacuaron con esta condicion todas las fortificaciones. Es decir que Comodo procuró por medios pacíficos ó pactos lo que su padre habia intentado obtener por medio de fortalezas; la seguridad de la frontera; solo que el hijo no se acordaba de que los germanos no hubieran podido cumplir ninguno de estos pactos á la larga aunque hubiesen querido.

En todas las concesiones territoriales que Roma hizo á los germanos distinguió siempre muy escrupulosamente si la hacia para establecimientos sedentarios, moradas y aldeas; ó solo para pastos; y como en los tratados con Comodo se obligaron aquellos pueblos á no servirse de la faja evacuada ni para lo uno ni para lo otro, puede suponerse que aquellos suevos, los antepasados de los bayuvaros ó bávaros, no debian ya de ser verdaderos nómadas cazadores ó pastores errantes, sino que vivian en aldeas y chozas, cultivaban cereales y criaban ganados, pues de otra manera no habria podido Comodo imponerles un tributo en cereales aunque de corta duracion é ilosorio.

Desde entonces no vuelve á citarse ya el pueblo burio, que desaparece de la historia absorbido probablemente por el godo ó por el marcomano ó cuado. Solo ha quedado una inscripcion votiva en la cual se celebra el feliz regreso de cierto legionario de la tercera legion de una campaña contra los burios.

Las condiciones de paz variaban segun las circunstancias especiales que concurrían en cada pueblo, segun la victoria mas ó menos completa, el número de individuos, su mayor ó menor aptitud para el servicio en el ejército romano, ó segun sus relaciones, posicion y vecindad con otros pueblos. A algunos grupos se concedió hasta el fuero itálico, á otros el de ciudadanos romanos y por tanto exencion de contribucion territorial; á otros exencion temporal ó perpetua de capitacion. A todos pagaba en cambio el imperio subsidios en dinero y cereales, y en tiempo de Comodo además del prest para los mercenarios, anualidades en dinero. A algunos se concedia tambien auxilio armado, mientras que á otros se imponia un tributo en ganado, pero rarísima vez como se comprende en cereales y dinero. Respecto del terreno que se les cedía, ya hemos visto que unas veces era en territorio del imperio, y otras se lo habian de conquistar los agraciados con las armas.

No se sabe si las campañas contra los bárbaros en las fronteras de la Dacia en que tanto se distinguieron los dos futuros emperadores Clodio Albino y Pescenio Niger ocurrieron antes de estos convenios de paz celebrados, ó sea antes del 22 de octubre de 180 en cuya fecha Comodo se hallaba ya de regreso en Roma ó despues de este año siendo posteriores al triunfo celebrado por el emperador en 184. Sábese que en el año 180 el lugarteniente Sabiniano sofocó un peligroso levantamiento de 13,000 dacios, que expulsados de su país, quizá hubieran alborotado de nuevo á los pue-

blos germánicos de aquella parte de Europa, si Sabiniano no les hubiese cerrado el paso y establecido en la Dacia romana.

Así concluyó la terrible guerra marcomana que habia durado 5 años. Grandes fueron las pérdidas de los pueblos germánicos que tomaron parte en esta lucha colosal, pero el rapidísimo aumento de su poblacion llenó muy pronto el vacío; mientras la poblacion romana se disminuía y los romanos des-

de entonces fueron llenando sus filas, á falta de quirites, con bárbaros germanos, sármatas y dacios en escala siempre creciente aumentando en igual proporcion rápida la barbarizacion del ejército y de la poblacion rural. Calculábase entonces que pueblos germánicos se habian llevado del territorio romano 319,000 infelices cautivos; los yazigios restituyeron 100,000 quedándose con otros tantos; á estos cautivos romanos hay que agregar los individuos muertos en los campos



Los marcomanos solicitan del vencedor la paz, sacado de los relieves de la columna de Marco Aurelio

de batalla. Los romanos perdieron en la sola batalla delante de Aquileya 20,000 soldados, y Capitolino dice que la mayor parte de las familias romanas nobles habian perdido en esta larga guerra cada una varios de sus miembros.

CAPITULO V

LA POLITICA DEFENSIVA DE ROMA DESDE LA GUERRA MARCOMANA HASTA LA DIVISION DEL IMPERIO HECHA POR DIOCLECIANO

En el reinado de Comodo ocurrieron tambien encuentros con los frisonos en cuya dispersion se distinguió Albino. A las victorias alcanzadas en esta campaña se supone que aluden las monedas de Comodo del año 186 que conmemoran su aclamacion por octava vez como *imperator*.

Muerto Comodo, hubo varios pretendientes y competidores al trono que se atribuyeron el título de emperador quedando finalmente vencedor Septimio Severo á quien las legiones del ejército danubiano habian proclamado emperador en Carnunto, despues que el sucesor de Comodo, Helvio Pertinax, murió á manos de un asesino tungero que se llamaba Tausio.

El nuevo emperador añadió tres legiones á las treinta á la sazón existentes, á saber, los números 1, 2 y 3 con el nombre de Partas.

Hizo la guerra á las tribus salvajes en la Bretaña sirviéndose de la costa bátava como base de sus operaciones. Allí, cerca de la desembocadura del Rhin al Sur de Leide, erigieron «ciudadanos bátavos, como hermanos y amigos del pueblo romano», un monumento votivo para el feliz viaje y regreso de los dos hijos del emperador, Geta y Caracalla.

Atribúyese á Severo la fundacion ó por lo menos el engrandecimiento de las obras de fortificacion de Passau en la cuenca del Danubio. Además atestiguan su solicitud para la conservacion de las carreteras y pasos de los Alpes muchas columnas y piedras miliare, en el país del Diezmo, en la Nórica, la Vindelicia, cerca de Augsburg, y en la Retia.

No cabe duda que debieron de llamar la atencion de este emperador ciertos movimientos precursores de la aparicion

de los pueblos suevos que, apenas hubo muerto, se dieron á conocer por el nuevo nombre colectivo de alamanos (1), contra cuya eventualidad parece haber tomado precauciones. Tambien reforzó las guarniciones de la Dacia con la legion quinta ó macedónica, á la cual trasladó de la Mesia á Patavisa, hoy Tarda, pueblo hasta entonces simple aldea abierta, que fué fortificado y elevado á colonia romana.

Su hijo y sucesor Caracalla pasó en el año 213 los Alpes y combatió, segun dice Dion Casio, á un pueblo celta llamado de los cenos, que segun todas las probabilidades no era sino el cato, cosa nada extraña, pues que los copistas griegos corrompian los nombres bárbaros de un modo increíble, haciendo por ejemplo de *alamannoi albanoi* y así de otros.

Segun el mismo autor, peleó este pueblo con tanto furor, que los guerreros heridos por los arqueros osroénicos se arrancaban de las heridas las flechas con los dientes para no dejar las armas de la mano. Cuando el emperador dijo á las mujeres prisioneras que eligiesen entre la esclavitud y la muerte, se decidieron por esta última; y cuando á pesar de esto fueron vendidas, se mataron absolutamente todas y algunas mataron hasta á sus hijos. Por lo demás tan poco efecto hicieron estas derrotas sobre los bárbaros, que Caracalla hubo de contentarse con tener una ocasion de abandonar el país conviniendo con ellos la paz y logrando que se declarasen vencidos en cambio de grandes sumas de dinero. El mismo autor de este extraño é inverosímil relato sigue diciendo que otros germanos aprendieron muy pronto á explotar tambien la debilidad y vanidad de este emperador, amenazándole con guerra á fin de que les comprara la paz con fuertes sumas de dinero, haciendo ellos en este caso gustosos el papel de vencidos y de amigos de Roma, á fin de que el emperador pudiera alabarse de estas hazañas en el senado.

Una cosa de este género sucedió con las tribus de los caucos y sajones establecidas en las desembocaduras del Elba, que entonces ejercian sus atrevidas piraterías en las costas británicas y de la Galia, y que fueron á negociar la paz como los demás y se dejaron decir tranquilamente todas las invec-

(1) No son mas que un grupo germánico, antecesores de los suabos, badenses y wurtembergueses de hoy, no del pueblo alemán.

tivas y frases altaneras que les dirigió el emperador en cambio del mucho oro que les prodigó.

De lo que se alabó con razón fué de su habilidad y buen éxito en el arte de fomentar la discordia entre los germanos vecinos del imperio, como por ejemplo entre los marcomanos y vándalos que hasta entonces habían sido amigos.

No hay noticia de que ocurriesen nuevos levantamientos de marcomanos ni de cuados en la cuenca danubiana; los últimos dieron prueba de su fidelidad á Roma entregando á su rey Gaiobomaro al emperador, porque se dijo que maqui-



Caracalla. Marcus AV-
RELIUS ANTONINVS
PIVS AVGVSTVS BRI-
TANNICVS

naba una nueva guerra. Ignórase por quién fué acusado probablemente delatador al plan á las autoridades romanas más próximas. Estas dieron á los cuados orden de prender al rey y entregarle prisionero, y cuando le hubieron preso le condenaron á muerte y ejecutaron. Uno de su séquito y co-acusado suyo se ahorcó en el calabozo, pero el emperador dió orden á los bárbaros de desgarrar su cuerpo para que no se dijera que él mismo se había dado la

muerte voluntariamente, ya que esto era considerado entre ellos como un fin muy glorioso.

En tiempo de este emperador se nombra por primera vez, en el año 213 por Espartiano, al pueblo de los alamanos, que era uno de los grandes grupos de pueblos y tribus afines, vecinos y aliados, que poco á poco fueron perdiendo su nombre particular por desuso para luego usar solo el colectivo, dando así lugar á grandes colectividades nacionales, razas ó pueblos principales, porque con su nombre desaparecieron también sus reyezuelos para dejar el puesto á un rey ó caudillo único. Esto sucedió con este mismo grupo y con el de los francos, turingios, borgoñones, bayuvaros, y mucho antes con los ostrogodos y visigodos; mientras entre los grupos sajón y frison se conservó intacta la antigua y tradicional división en multitud de tribus independientes.

Más adelante se verá la historia política de estas grandes colectividades y nacionalidades embrionarias; por lo pronto basta tener presente que antes de formar pueblos unificados les unía un lazo muy flojo y solo para determinadas empresas como actos religiosos, guerras ofensivas ó defensivas, y aun en estos casos no era obligatoria la unión, pues á veces se separaba una ó varias tribus de la alianza para quedar neutral ó tratar directa é independientemente de las demás con el enemigo común.

Desde la primera aparición en la escena de los alamanos como colectividad nueva se les llama nación numerosa, lo que autoriza á creer que cabalmente el aumento de la población había sido la causa fundamental de la fusión de los diferentes pueblos constituyentes del grupo colectivo. Al hacer mención de este pueblo elogian los autores su excelente caballería y su modo maravilloso de pelear; pero Caracalla los venció cerca del río Mein, con cuyo motivo añadió á su sobrenombre de Germánico el de Alamánico; prueba de que entonces ya no confundían los romanos estos dos pueblos, siendo para ellos germanos tan solo los que vivían entre el Rhin y el Elba como los cheruscos, los caucos, los que después se llamaron sajones y los francos.

Por supuesto que los generales romanos no se dejaron engañar por el nombre, y en seguida reconocieron en los que se llamaban alamanos á sus antiguos adversarios, los germanos, á los cuales eran idénticos por su apariencia física, sus armas, modo de guerrear, género de vida y organización social. Los autores romanos y griegos solían padecer en

cambio equívocas muy extrañas respecto de los diferentes pueblos germánicos y otros, como Amiano que creía muy seriamente que los borgoñones descendían de romanos.

Los extractos conservados de las obras de Dion Casio dicen que Caracalla compró también con dinero esta victoria sobre los alamanos; cosa muy posible; pero es cierto también que debió de llevar prisioneros de este pueblo á Roma; por lo menos se jactaron posteriormente algunos alamanos de haber vuelto loco al emperador cantándole canciones mágicas. También es positivo que en esta campaña mandó construir muchos fuertes en todos los puntos que le parecían á propósito, á los cuales dió nombres relacionados con el suyo ó con su persona, bien que no se sabe si estas órdenes fueron ejecutadas ó no. Dion Casio critica la vanidad del emperador; pero este sentimiento no disminuye en nada la importancia de la empresa. También dice que los habitantes dejaban hacer, porque sabían ó creían que todo aquello no era más que una broma, y que al saberlo el emperador se puso furioso y trató á los mismos á cuyo socorro había acudido como á sus peores enemigos. Llamó á la juventud del país como si quisiera alistarla en su ejército, la hizo rodear disimuladamente de sus tropas, y á una señal convenida, que era alzar su escudo, los soldados se echaron sobre ellos y los mataron, mientras su caballería prendía á los fugitivos y á los que no se habían presentado. Semejante carnicería jamás pudo ocurrir entre los colonos de la Tierra del Diezmo, donde habrían sido romanos las víctimas, á no ser que fuera un acto de demencia como los otros de que dió posteriormente muchas pruebas este emperador. Era la demencia cesárea antigua, la locura del autócrata déspota, la de Neron y de Calígula, de la cual ya había dado algunas señales su predecesor Comodo, y que añadida á los espantosos vicios y horribles excesos de Roma, fué el síntoma fatal de la creciente depravación y disolución de la sociedad romana. Si por el contrario se hizo la matanza entre germanos bravos, á sangre fría y con cálculo, debieron de ser las víctimas alamanos y el emperador considerarlos como traidores.

Mientras que los pueblos suevos de la cuenca del Danubio estaban relativamente quietos en aquella época, empezaban en cambio á removerse los pueblos godos, entre los cuales se distinguían por su mayor pujanza los vándalos, y en especial la rama asdinga, que se había hecho notar ya mucho antes, y á la sazón extendía sus hostilidades á la Dacia, debiendo antes de mucho amenazar hasta las provincias fronterizas del imperio de Asia. El mismo emperador, que tuvo que ser el primero en habérselas con los alamanos, fué también el primero que se encontró con los godos á orillas del Mar Negro en 215, cuando su expedición al Oriente. Ya conocemos la historia de esta raza germánica, y nos limitaremos aquí á decir que tuvo grandísima influencia sobre sus afines occidentales por el hecho de tener ocupadas todas las fuerzas militares del imperio durante algunos siglos.

Mucho contribuyó Caracalla, cuyo verdadero nombre era Valerio Antonio Basiano, á facilitar al elemento germánico la ingerencia en los sucesos y destinos del mundo. Véase lo que dice Herodiano de los actos de este demente:

«Durante su permanencia en las provincias danubianas dedicóse el emperador con extraordinaria pasión á la caza, matando fieras de todas las clases en lucha á brazo, cuerpo á cuerpo, lo cual le valió los aplausos de los germanos; todos se hicieron amigos y partidarios suyos, poniendo á su disposición tropas auxiliares y dejándole elegir de entre ellos los individuos más hermosos para su guardia personal. Para responder á su amistad cambió á menudo su traje romano por el germánico, cubriéndose la cabeza con una peluca ru-

bia rizada al estilo germánico, y llevando una sotana ó blandran con adornos de plata (1). Lo mismo hizo en Oriente, donde llevó el faldellín de piel de fiera y demás piezas del traje germánico, con lo cual regocijó á los bárbaros que le querían mucho. Hasta los soldados romanos se alegraban de ello.»

Si la última observación es exacta, indicaría cuán lejos estaba ya entonces los romanos del tiempo de las ideas de Germánico y Druso.

Dion Casio dice lo contrario; pero por otra parte refiere que el emperador «armaba y se rodeaba no solamente de escitas y germanos libres, sino hasta de esclavos de estas razas elevándolos al grado de centuriones y llamándolos sus «leones», porque se fiaba más de ellos que de los romanos. Solía á menudo tener entrevistas á solas, sin más testigos que el intérprete, con los embajadores de estos pueblos bárbaros, encargándoles que le vengasen si por acaso le hicieran los suyos traición; que invadieran la Italia y se apoderasen de Roma, «tan fácil de conquistar.»

La rápida barbarización del imperio era ya manifiesta. El emperador se vestía ya de germano y no debían pasar muchos años sin que un germano, ó de todos modos un bárbaro, subiera al solio de los cesáres.

Cuando el tercer sucesor de Caracalla, Alejandro Severo, combatió á los persas, recibió en Antioquía de los gobernadores de la Iliria la terrible y ominosa noticia de que los germanos habían pasado el Rhin y el Danubio y estaban asolando el territorio romano; que las legiones se hallaban cercadas en sus campamentos, mientras otras tribus germánicas se derramaban por el país saqueando ciudades y aldeas y llevando la devastación á todas partes. Los pueblos ilíricos en la misma frontera de Italia estaban en grandísimo peligro y era menester que acudiera en persona el emperador con todo su ejército. Al saber todo esto las tropas, apoderóse de ellas la mayor tristeza por la desesperada situación de sus compañeros de armas, rodeados de innumerables bárbaros, y el emperador y sus parciales temieron por la seguridad de Italia.

Herodiano añade que se consideraba en el imperio el peligro de la irrupción de los germanos como el mayor por la proximidad del enemigo. El instinto estratégico de los romanos conoció en seguida que era más inminente y temible el peligro en las fronteras danubianas que en el Rhin y la Galia. Así era en efecto, porque allí separaba la Italia de los bárbaros solo la provincia ilírica con su población escasa y su poca extensión. Cuando posteriormente las huestes francas y alamanas invadieron la Galia, los godos habían ya amenazado á Constantinopla y ocupado temporalmente toda la Italia, y los longobardos habían conquistado para siempre la tierra italiana.

Cuando el emperador Alejandro Severo celebró su triunfo sobre los persas (setiembre de 233) le gritaba el pueblo que esperaba la liberación de los germanos.

Alejandro Severo admitió en su ejército aumentándolo á maurusios, osroenos y partos, arqueros excelentes y gente valiente y ligera, de la cual esperaba sacar grandísimo partido empleándola en guerrillas y columnas volantes contra los alamanos. Con estas tropas pasó en 234 por la Galia al Rhin, donde las devastaciones del enemigo pedían el más pronto castigo. Construyó un puente de barcas y hubo muchos encuentros, en los cuales las cabezas no protegidas por yelmos y los cuerpos atléticos de los germanos sirvieron de fácil blanco á los arqueros orientales; pero no hubo ninguna victoria decisiva, ni consta siquiera si todo el ejército pasó

el río. Tan insignificantes fueron las ventajas obtenidas, que el emperador envió á los bárbaros embajadores para tratar con ellos de la paz, prometiendo satisfacer todas sus exigencias y distribuir fuertes sumas de dinero, porque, dice Herodiano: «el emperador sabía cuán ávidos eran los germanos de cobrar dinero haciendo pagar á los romanos á cada momento una nueva paz; y así prefirió comprarles la tranquilidad á exponerse á las contingencias de una guerra prolongada.» Esta confesión de la pluma de un romano, patriota fanático, como el citado autor, patentiza que el oro representaba ya toda la política exterior romana, y suplía á los recursos antiguos de sembrar y fomentar la discordia entre los bárbaros, de darles subsidios anuales en cereales y dinero ó cederles territorio en cambio de contingentes y de la obligación de defender las comarcas fronterizas contra otros bárbaros. Ya había llegado el caso de que los germanos vendieran la paz y la tranquilidad al imperio universal, cansado, extenuado y caduco. La compra de la paz era ya para Roma cosa corriente y sistema; el último y peor recurso de una organización decrepita; peor, porque venía á fijar una recompensa, ó un aliciente á los que querían emprender excursiones de pillaje. Así fué que una tribu geta, los carpos, pidieron al gobernador de la Mesia, Tulio Menófilo, anualidades alegando como único motivo ser más numerosos que los godos; solo que aquel digno varón los hizo volver con las manos vacías, lo que no solía suceder á menudo.



Moneda de cobre de Alejandro Severo, IMPERATOR SEVERUS ALEXANDER AVGVSTVS



Moneda de cobre del emperador Maximino

¡Qué decadencia tan grande desde aquel tiempo en que ocho legiones fueron hasta el Elba, cuando cualquiera tentativa de sublevarse contra Roma era seguida de la devastación de las comarcas y del exterminio de los atrevidos, á los cuales las seguras de los lictores sabían encontrar hasta en el lugarejo más miserable y oculto en el interior de las selvas germánicas hasta más allá del Weser!

El asesinato del emperador interrumpió la guerra y las negociaciones con los pueblos del otro lado del Rhin. Sus soldados descontentos de su inacción, amén de otros motivos, le mataron en una aldea que hoy se llama Bretzenheim, y entonces Británica, cerca de Maguncia en la orilla izquierda del Rhin, proclamando en su lugar á Maximino, famoso soldado é hijo según unos de padres bárbaros de la Tracia y según otros de padre godo y madre alana. Era hombre que entendía de guerra y vivía por ella. Alcanzó ventajas sobre los germanos como Roma no las había visto desde mucho tiempo, y para consolidarlas y conservarlas buscó y persiguió al enemigo hasta en sus últimas guaridas con toda la fuerza militar del imperio, incluso las tropas ligeras asiáticas. Pasó el puente construido por su predecesor; y al tener de ello noticia los germanos se retiraron con mujeres é hijos, sin intentar resistencia, lejos, cada vez más lejos, hasta 450 y aun 600 kilómetros tierra adentro, según se dice, perseguidos sin descanso por el emperador durante dos años, en los cuales

(1) De aquí procedía el mote de Caracalla, que significa sotana.